

FELIPE DE LUIS MANERO

Sito Presidente

*A Lolña, Anita y Xaime,
por elevar mi vida*

*No me levanto ni me acuesto día,
Que malvado cien veces no haya sido,
No me entretengo, estoy en lucha entodavía
Hoy voy ganando, ayer perdí.*

*Prometeo, de Extremoduro,
con versos de Miguel Hernández*

EN EL NOMBRE DEL PADRE

CUANDO MI PADRE MURIÓ yo tenía veintiocho años, ganaba trescientos cincuenta euros al mes y aún vivía en mi casa familiar. Cuando Eugenio Prado murió, su hijo —José Ramón Prado Bugallo, Sito Miñanco— tenía treinta años, estaba casado y era padre de dos hijas, había estado una vez en la cárcel y manejaba cantidades ingentes de dinero gracias al contrabando y, posiblemente ya entonces, al narcotráfico.

Mi padre tuvo un infarto de miocardio en plena calle, cuando regresaba de hacer la compra. Cuando llegué al lugar donde se desplomó, aturdido por el impacto y paralizado por la imagen, no encontré mayor pretensión que corresponder al abrazo que me ofrecía mi hermano. Mirar más allá se antojaba un proyecto demasiado ambicioso.

Cuando su padre murió a causa de un virulento cáncer de páncreas, Sito Miñanco decidió ser presidente de un club de fútbol: el Juventud Cambados. Tomó las riendas del equipo de su pueblo, lo ascendió varias categorías hasta casi llegar a segunda división y después se fue dejando tras de sí un reguero de admiración y rechazo casi a partes iguales. Su recuerdo aún perdura en un lugar en el que ser impermeable a la moralidad se convirtió en un hábito imprescindible para sobrevivir.

TODO EL clan de los Miñanco estaba haciendo frente a la enfermedad del padre. Sito decidió llevarlo de Galicia a Portugal, donde las perspectivas de curación parecían mayores. No mejoró y de ahí se fue a Pamplona en helicóptero, aunque también fue inútil. El cáncer lo estaba devorando irremisiblemente. Llegó ya muerto a Cambados, a su casa de toda la vida. El círculo debía cerrarse.

Por la noche, y tras un día entero velando al muerto, Sito y su tío, José Prado Acha (Xepe), conversan en el piso bajo de la casa. Arriba está Eugenio, muerto. Han sido muchas horas ejerciendo de fúnebres anfitriones a familiares y amigos. Ahora, solos tío y sobrino, hijo y hermano del finado, la conciencia de la pérdida se hace palpable.

Sito sabe que justo aquel es el momento para confesar sus planes a su tío: va a presidir el Juventud Cambados, el equipo del pueblo. La decisión ya está tomada, no busca su beneplácito, sino su ayuda. Elige bien las palabras, mide los tiempos, seduce a Xepe con proyectos y promesas. Expone un reparto equitativo de poderes y responsabilidades y garantiza una fuente de ingresos: él mismo.

Xepe había sido presidente del Cambados durante más de veinte años y miembro del club —como jugador, directivo o simplemente socio— toda una vida. En ese momento, presa de un desencanto que crecía paulatinamente, estaba a punto de echarse a un lado. «No estaba cansado del fútbol en sí —me dijo—, sino de la gente». Cuando escucha la oferta de su sobrino, Xepe pone una condición:

—Las cosas tendrán que hacerse a mi manera. En el fútbol mando yo.

Sito acepta. Sabe que es la persona idónea para llevar el día a día de un club modesto. Xepe conocía a la perfección el fútbol gallego, estaba acostumbrado a tratar personalmente con los jugadores y controlaba toda la logística necesaria. Al sobrino no le

preocupaban excesivamente las posibles futuras luchas de poder. Ya se ocuparía llegado el momento. Al fin y al cabo, eran familia.

La de Xepe fue una decisión indudablemente marcada por la muerte de Eugenio. Treinta años después, el tío de Sito duda si hubiera aceptado el cargo de vicepresidente en frío, sin el cuerpo de su hermano unos metros más arriba. El caso es que lo hizo y al escuchar el ambicioso objetivo de su sobrino, le fue claro:

—Si quieres subir este equipo a segunda B, hace falta cacao.

Cacao había. Y tabaco. Y fariña también. Y un puñado de historias.

LA MUERTE de su padre marcó, de algún modo, el devenir de la vida de Sito Miñanco. Es una fecha a la que otorga una relevancia extraordinaria. Lo descubrí en octubre de 2018, en un juicio por blanqueo de capitales contra él y parte de su familia que cubrí para la radio. Tras años sin escuchar la verdadera voz de Miñanco, la expectación era máxima en la Audiencia de Pontevedra. Vinieron a informar del proceso judicial decenas de periodistas, algunos incluso llegados desde Bélgica. Prado Bugallo aseveró que él residía en ese país en el momento en el que se le atribuían esos delitos y tenía que justificar de alguna manera sus constantes estancias en España.

La línea de su defensa estaba clara: Sito se esforzó en demostrar que en esa etapa no tuvo relación alguna con su primera mujer, con lo que no pudo haberle dado dinero ni participar en ninguno de sus negocios. Él vivía en Bélgica y si venía a España era por una buena razón: la enfermedad y posterior muerte de su padre. Ante una de las primeras preguntas de la acusación, Miñanco respondió lo siguiente:

—Señor fiscal, hay cosas que una persona no puede recordar. Cosas de hace treinta años, o treinta y dos o veinticinco. Pero hay

RITUALES

SITO Y XEPE. XEPE y Sito. Ambos eran el alma de ese Cambados grandioso, el que ascendió a tercera en el 87, a segunda B en el 89 y se quedó a las puertas de la segunda A en el 90. No llegaban a ser polos opuestos, pero sí tenían miradas muy diferentes, distintas maneras de enfrentar la vida. Porque los dos, de algún modo, la habían batallado desde la niñez y los dos eligieron con firmeza su rumbo, un camino que rara vez fue el impuesto. Vivieron su vida, la que quisieron. Siempre según sus normas. Instintivo y ambicioso Sito, sagaz y resolutivo Xepe. Tercos los dos.

Fueron, no obstante, caminos distintos casi desde el principio. Aunque estaban unidos inexorablemente por la sangre, sus diferencias eran difícilmente salvables porque provenían de la propia naturaleza. Sito llevaba el mar impregnado en la piel: su padre era marinero y su madre, mariscadora. Para él, había poco más que hacer en tierra que jugar al fútbol o ampliar su círculo social. Nunca se sintió muy atraído por el colegio, posiblemente porque no lo vio como un modo factible de progresar. Pronto encontraría la manera.

En cuanto a Xepe, era un animal de cemento. Gestionaba una empresa de construcción al mismo tiempo —durante muchos años— que presidía el Cambados. En su empresa y en el fútbol era un jefe de la vieja escuela: exigía dedicación porque él mismo también la tenía, sacaba las garras si se sentía engañado —era

un rasgo de familia, decía—, pagaba siempre todo lo estipulado y diferenciaba entre «cosas de hombres» y «cosas de mujeres».

Cuando lo llamé por primera vez (al hijo, siempre nos comunicábamos de esa forma), su mujer me dejó claras sus prioridades:

—No está, seguramente esté viendo el fútbol. Cuando hay partido, él nunca está en casa, prefiere verlo acompañado porque se entretiene. Yo estoy en cama y no suelo cogerle recados.

Era un lunes a las siete de la tarde y, que yo sepa, no había ningún partido.

No era fácil dar con él: podía estar jugando la partida con sus amigos, viendo fútbol —de verdad—, en la tintorería familiar (se llama Clareo, aunque en principio únicamente se refiere a la ropa) o vendimiando. Tardé unos días en lograr hablar con Xepe. Fui rápido en mis explicaciones. Al igual que los entrevistados, aprendí pronto a dosificar la información. Dudó durante unos instantes, pero terminó accediendo: quería hablar. Cuando le dije la hora a la que me venía mejor por mis ocupaciones laborales, me replicó:

—Usted qué se cree, aquí trabajamos todos.

Era la primera vez después de muchos años que quedaba con alguien del que únicamente tenía un teléfono fijo. No había forma de avisar de cualquier cambio o imprevisto. O se estaba en el lugar estipulado a la hora acordada o no se estaba, así de simple.

Llegué antes de tiempo y Xepe fue puntual. «Me dijo a las seis en punto y aquí estoy, no he llegado tarde». Aunque menudo y con signos inequívocos que evidenciaban su edad —el pelo cano, su caminar parsimonioso, las constantes pausas cuando hablaba, la pastilla que se tomó en medio de la conversación—, aún conservaba algo del empaque de antaño. Se notaba en su mirada —atenta y escrutadora al comienzo, serena y segura después—, en su semblante serio y, sobre todo, en el trato. Me tendió la mano con una fuerza rara que a la vez marcaba distancia. Desprendía un olor característico, seguramente el aroma de la experiencia, pero de una experiencia con sustancia. A ese hombre le habían pasado cosas.

HOY JUEGA EL CAMBADOS

ABRIL DE 2019. HOY es un día especial en Cambados. Es domingo y juega el equipo del pueblo, el equipo de todos. En el noroeste del país la primavera enaltece sus sentidos. Es más incierta, más ingobernable, más primavera en las Rías Baixas. La mañana soleada y agradable deja lugar, de súbito, a un par de sacudidas lluviosas. Después, alternancia de chubascos, viento y sol. El arcoíris se refleja en el cielo como en señal de esperanza. Parece que la naturaleza quiere anunciar algo grande. Hoy por la tarde el Juventud Cambados recibe al Moaña. Así deberían ser todos los días de fútbol.

Los lugareños toman las calles del casco viejo pasado el mediodía. Se ven pocos pantalones de chándal, pocas deportivas (en Galicia, «tenis»), pocos vaqueros gastados. Hombres y mujeres pasean por las calles adoquinadas y angostas de Cambados con sus mejores galas: pantalones chinos, finos vestidos floreados, zapatos de tacón, americanas azules o beis. Muchos son matrimonios jóvenes con niños, que también se han vestido para la ocasión. Atendiendo propio de domingo, como sucede en tantos otros pueblos. Para el forastero, a veces se hace un tanto excesivo. No se percibe un motivo palpable para tanto abalorio. Pero ¿qué sabe cualquier paleto de la ciudad de la vida en un pueblo? Tal vez haber llegado con salud al final de la semana y poder tomar el vermú con la familia antes de ir al fútbol sea un motivo más que suficiente para celebrar y pasear y ostentar. Así debería ser la vida.

Cambados es un pueblo de contrastes. Se suceden elegantes casas de piedra con edificios de baldosas de nueva construcción. La estampa arquitectónica, como ocurre en gran parte de Galicia, denota desorden, caos y resta algo de belleza al conjunto. Le quita seriedad, pero también le aporta personalidad. Eso no solo es cosa de la historia, a esa imagen ha contribuido fehacientemente la gente del pueblo. El centro es un coqueto amasijo de callejuelas estrechas y empedradas. Hay pequeñas fuentes ornamentales, *cruceiros* —cruces de piedra—, sutiles vaivenes del paisaje que, junto a las terrazas que inundan la calle cuando el tiempo lo permite, hacen del pueblo un lugar extrañamente acogedor. Hay niños jugando a la pelota y ancianos sentados unos junto a otros, a veces hablando y a veces en silencio, como reflexionando sobre lo vivido. No es difícil imaginar a Sito Miñanco recorriendo esas mismas calles, a pie o en uno de sus deportivos o motos de alta cilindrada, recibiendo la admiración o la envidia de sus vecinos, quizás ambas cosas a la vez.

Mi primera cita relacionada con este libro tuvo lugar en la plaza de Fefiñáns, uno de los lugares nucleares del pueblo. Al estar situada en una de las entradas, el visitante se topa de pronto con un lugar imperial, enorme, en el que se siente un poco pequeño. Es un espacio cuadrangular gigante y diáfano, lo que da una extraña sensación de vacío y hasta de tristeza: parece que es el centro de la nada. A los lados están la iglesia de San Benito, el pazo de Fefiñáns y la atalaya Torre del Homenaje. De alguna manera, refleja la imagen del pueblo: es solemne, inmensa y a la vez austera, auténtica en cualquier caso. Es también uno de los lugares de mayor peregrinaje turístico del pueblo, por lo que sus habitantes suelen preferir estar en otras zonas en las que se sientan más dueños de su tierra.

A unos diez minutos en coche desde allí está el Municipal de Burgáns, donde, recordemos, esta tarde juega el Juventud Cambados. Al llegar a sus aledaños me doy cuenta —con cierta decepción— de que no toda la gente que he visto en el pueblo se ha puesto así de guapa para ir al fútbol. Muchos han terminado decantándose

PASIÓN

EL FÚTBOL —COMO OCURRE con muchas otras cosas, como ocurre posiblemente con la propia vida— te puede gustar de dos formas: te puede gustar mucho o te puede gustar de verdad. Te puede gustar para pasar muchos ratos o te puede gustar para ocupar la vida entera.

En la primera fórmula ejerces de aficionado y guardas con el fútbol una distancia prudente, de observador. Puedes disfrutar con las victorias y sufrir con las derrotas, pero siempre habrá un punto de superficialidad. Al fin y al cabo, tú no ganas ni pierdes. En la segunda, lo que quieres es convertirte en protagonista, vivir en primera persona cada anhelo o cada frustración. Quieres ganar y quieres perder. La mayoría de gente, como es lógico, escoge la primera. Es una forma mucho más segura de vivir.

Algunos atestiguan que a Sito el fútbol le gustaba de verdad. Otros, que lo utilizó como instrumento para sus negocios y como una buena forma de blanquear su imagen —no está probado que también su dinero—. A lo mejor hay un poco de verdad en cada una de estas teorías y empezó gustándole mucho, le terminó gustando de verdad y se aprovechó de él en lo que pudo. Quién sabe. Lo que parece claro es que a Miñanco le gustaba participar en la vida y no verla pasar. Quería destacar en cada cosa que hacía. Un policía que lo investigó durante los años ochenta lo define así: «Quería ser el mejor en todo. También en el narcotráfico. Si hubiera un Premio Nobel para narcos, Sito se lo hubiera llevado». Su ambición desen-

frenada hizo que, desde el principio, pusiera unas metas altísimas para un equipo de fútbol modesto. Desde fuera parecían objetivos desmesurados y delirantes. Los que lo conocían, en cambio, sabían que lo lograría.

Un equipo de pueblo —sobre todo cuando solo hay uno en el pueblo, como es el caso— siempre es importante para un grupo elevado de personas. Esté en la división en la que esté, juegue como juegue, siempre atraerá a un porcentaje de la población, léase familiares de los jugadores, empresarios y comerciantes, seguidores del equipo y hasta políticos (el equipo de fútbol siempre es trascendente para el ayuntamiento). Cambados se acerca en la actualidad a los 14.000 habitantes pero en los setenta podría haber unos 12.000. Casi todos conocían el equipo y muchos habían jugado, entrenado o incluso formado parte de su directiva en algún momento de su vida.

El surrealismo del Cambados se remonta a los orígenes de su atuendo. El equipo viste de amarillo y azul (calzón azul, medias y camiseta amarillas). Hay quien atribuye esta elección de colores a una fructífera expedición marítima. Un marinero viajó a Canarias y se trajo consigo varias camisetas de la UD Las Palmas. Gustaron a los responsables de la entidad y las adoptaron como propias. Una versión gallega de la mítica historia del estudiante que llegó a Bilbao con cincuenta camisetas del Southampton.

Algunos veteranos, sin embargo, presentan un relato bastante más prosaico. No había marinero, ni barco, ni viaje. Lo que verdaderamente pasó es que el club, en una situación económica precaria, buscó un color que ningún otro equipo utilizara para ahorrarse la segunda equipación. Estudió a todos sus rivales y se decantó por el amarillo para hacer imposible la coincidencia. Fue más una cuestión práctica que estética. Cuando compraron las camisetas ya tenían bordado el escudo de la UD Las Palmas, de ahí esa similitud que muchos trataron de justificar con un aire de romanticismo. Los colores se mantienen intactos hasta el día de hoy y el escudo, evolucionado por Sito, es la imagen de un velero.

TREINTA AÑOS DESPUÉS...

EMILIO MILLÁN GALIÑANES, TOTI

Continúa derrochando alegría y hedonismo allá por donde pisa. Lleva una vida relajada y no se le conoce otra ocupación que jugar al golf en el campo de Meis, donde tienen bien aprendido que no deben dar su número de teléfono a ningún extraño (y menos si es periodista). Despreocupado por naturaleza, solo hay dos cosas a estas alturas que parecen molestarle: que en la serie *Fariña* lo llamasen Tati y que algunos en el pueblo lo pinten como un mujeriego.

RICHARD CHARLÍN

La vida no ha pasado para el lateral derecho de ese glorioso Cambados. Sigue como encargado del pabellón de deportes del pueblo, donde ve jugar cada tarde a los niños que en el futuro deslumbrarán a Galicia. A veces cree reconocer al pequeño Sito entre ellos. Entonces se frota los ojos y regresa de su ensoñación. Es uno de los habituales de Burgáns y cada semana, cual gurú, se reúne con la junta directiva para mostrarles su visión de la actualidad futbolística. Le gusta hablar sobre el pasado, pero aconseja a los demás que no lo hagan.

ÍNDICE

- En el nombre del Padre, 11
 - Rituales, 15
- Hoy juega el Cambados, 22
 - Pasión, 27
 - Pasta, 35
 - Lavado de imagen, 49
 - Padres e hijos, 54
- Siempre hacia delante, 58
 - Eres mi entrenador, 65
 - Los sublevados, 72
 - Rezar y ganar, 81
- Allí no fuimos a jugar al fútbol, allí fuimos de putas, 92
 - Los hombres de Sito, 105
 - ¡Ya estamos aquí!, 116
 - Fin de fiesta, 126
 - Lealtad, 134
 - Mujeres, 152
- El pasado es indeleble, 165
 - Sito, 173
 - Bondad, 178
- Treinta años después..., 182
 - Agradecimientos, 185